



VIOLENCIA SEXUAL

LA INVESTIGACIÓN CRIMINAL CONTADA
POR UN INSPECTOR DE POLICÍA

Álvaro Botias Benedit

VIOLENCIA SEXUAL

LA INVESTIGACIÓN CRIMINAL CONTADA
POR UN INSPECTOR DE POLICÍA



Primera edición: febrero 2021

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Álvaro Botias Benedit

© Chani Demuijlder: Diseño de portada

ISBN: 978-84-18663-04-8

ISBN digital: 978-84-18663-05-5

Depósito legal: M-4146-2021

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Esther, Sofía y Mariví; las mujeres de mi vida.

*A Óliver, mi pequeño valiente. Él ha sido mi principal
inspiración y la razón por la que he decidido plasmar esta
historia en papel. Gracias, hijo.*

*A mi equipasso, ellos y ellas son auténticos ángeles de la
guarda, protectores de muchas mujeres.
A mis jefes, por confiar en mí plenamente y dejarme crecer
cada día.*

*A Chani Demuijlder, autora de la fantástica portada de
esta obra. Mi eterna gratitud por tu desinteresada
implicación en este proyecto.*

*A DiabetesCERO, la fundación que apuesta tan
decididamente por invertir en una investigación de calidad
para descubrir la cura de la Diabetes tipo 1. No cejéis en
vuestro empeño, el objetivo está cada vez más cerca.*

*A Samanta, la superviviente que protagoniza este relato.
Eres ejemplo para muchas.*

*Y, por supuesto, a vosotros y vosotras, lectores, lectoras; por
acompañarme en este apasionante viaje literario.*

Nota introductoria del autor

Mi nombre es Álvaro Botias Benedit. Para quienes todavía no me conocen, soy inspector de la Policía Nacional y desde el pasado año 2015 estoy al frente del Grupo de Investigación de la Unidad de Familia y Mujer de Málaga capital. Junto a otros 11 agentes especializados combato la violencia de género en sentido amplio: me refiero a la que acontece en el seno de las relaciones de pareja y aquella, de tintes sexuales, que se da fuera de ese contexto pero afecta, mayoritariamente, a las mujeres. En esta breve obra me centraré en la segunda, la violencia sexual.

Tras *La lucha contra la violencia de género: vivencias de un policía* (Círculo Rojo, 2018) y *En clave de Igualdad* (Adarve, 2019), he querido dar un giro radical al enfoque de mis publicaciones. Esta vez he optado por dejar a un lado el tono pedagógico y centrarme en el relato, es decir, la historia contada en primera persona, con una perspectiva criminológica y ahondando en los detalles de la investigación policial. Para ello he escogido un caso que trabajamos el pasado año 2016: Samanta, la protagonista,

dejó una huella imborrable en todos los integrantes de mi grupo de trabajo. Su valentía eclipsó cada paso que dimos en el transcurso de la investigación, impulsándonos hasta conseguir culminarla con enorme éxito. El agresor, Federico, fue condenado en firme a seis años de prisión como autor material directo de un delito de violación.

Antes de adentraros de lleno en el día a día de la UFAM (siglas por las que se conoce a la Unidad de Familia y Mujer), conviene que sepáis que el único personaje al que me refero por su nombre real es aquel que me representa, como jefe del grupo e instructor de las diligencias policiales. Todos los demás, a pesar de estar inspirados directamente en aquellos y aquellas que intervinieron en la investigación, cuentan con nombres ficticios por razones obvias de protección de datos. Estáis, además, ante un caso que tuvo cierta repercusión mediática en su momento, por lo que no será desconocido para algunos de vosotros.

También quiero recordaros que el 100% de los beneficios recaudados con la venta de este libro serán destinados a la Fundación DiabetesCERO, desde donde se financia una investigación de calidad con el objetivo de encontrar la cura para la diabetes Mellitus Tipo 1. Mi hijo de cinco años la padece. Gracias de corazón por uniros a esta causa solidaria.

Sin más preámbulos, os dejo con este apasionante caso que, por supuesto y como no podía ser de otra manera, tiene un final feliz. ¡Disfrútenlo!

1

Samanta llegó a nuestras manos abatida. No era para menos: unas horas antes —no muchas, tal vez un par— había sido víctima de un atentado brutal contra su libertad sexual. Digo «brutal» porque sencillamente no me viene otro calificativo a la cabeza para definir lo que allí ocurrió. Un señor, por llamarlo de alguna manera, había decidido que Samanta le pertenecía por derecho y, por tanto, no podía negarse a hacer lo que él dispusiera. Ella, en un alarde de valentía, le plantó cara. El enfrentamiento cayó del lado de su agresor, dejando a nuestra valiente mermada en salud y lo que es más importante, con un daño moral difícil de reparar.

Ese día de finales de mayo de 2016, Samanta se encontraba en su lugar de trabajo: el polígono del Guadalhorce de Málaga capital. Era prostituta y ejercía en la calle, acompañada de varias compañeras. En un momento determinado de la mañana le llegó un servicio. Un varón, de mediana edad, con tatuajes en la zona de los brazos, pactó con ella un «completo», a cambio de 30 euros. Al igual que en otras ocasiones, se subió al vehículo del cliente,

que inició inmediatamente la marcha. Ella debía guiarle, como tantas otras veces había hecho, hasta un lugar apartado, fuera de la mirada de terceros —estaban a plena luz del día y era menester conseguir cierta intimidad para la práctica sexual—. Lo que Samanta no imaginaba era que esta vez no sería como las demás. En absoluto.

Yo, en esa jornada de trabajo difícil de olvidar, aprendí dos cosas que destacaría sobre el resto: la primera es que en delitos de índole sexual no existe, ni mucho menos, un único perfil de autor definido. Las parafilias se ocultan detrás de personas que viven en aparente normalidad y que, en multitud de casos, no cuentan con antecedentes penales ni policiales previos. Sujetos *a priori* socializados y perfectamente adaptados a su entorno, en definitiva. La segunda, y última, es que las mujeres que ejercen la prostitución en la vía pública tienen un sexto sentido para los detalles. Memorizan matrículas, descripciones físicas, rasgos de vestimenta y lo que haga falta. Si te paras a pensarlo es comprensible: están expuestas a multitud de peligros y con el solo afán de cubrirse las espaldas desarrollan unas medidas de protección, digamos, avanzadas. Samanta no iba a ser la excepción, de ningún modo. En realidad, si os soy sincero, aprendí muchas más cosas. Sin embargo, prefiero dejaros con la intriga a saturaros con una información de entrada que, por abundante en exceso, no dejaría la huella que pretendo en vuestra memoria. Espero que lo entendáis.

Lo cierto es que mi mañana, hasta el momento, había sido sorprendentemente tranquila. No me malinter-

pretéis: en mi grupo de trabajo siempre hay multitud de gestiones pendientes, oficios judiciales que responder y otros variados quehaceres. Cuando digo «tranquila», me refiero a que no había entrado ningún asunto nuevo de especial relevancia. Nada del otro jueves, hablando en plata. Recuerdo que Pedro —uno de mis subinspectores— y José —policía— comentaban distendidamente una investigación que nos traíamos entre manos.

—Después de darle muchas vueltas hay algo que no me encaja —la entonación empleada por el policía dejaba ver sus dudas—. No sé, sabes que las soluciones fáciles no me convencen.

—Cuando lees las declaraciones de nuevo, parándote en los detalles, siempre sacas alguna conclusión nueva— a Pedro le gustaba recomendar desde su posición de superior jerárquico, le hacía sentirse bien—. Pruébalo antes de concluir un caso con inseguridades.

—Tienes razón, voy a dedicarle una tarde más. Ya sabes que no me gusta equivocarme y menos aún cuando mis decisiones podrían afectar a la libertad de las personas.

El consejo había calado.

Apenas pronunciaba el final de la frase cuando sonó mi teléfono móvil. Miré la pantalla. Se trataba de un número que no tenía almacenado en la agenda. Dejé que pasaran varios tonos y contesté.

—¿Sí? ¿Diga?

—¿Álvaro? Soy Rubén, el Z-0 —reconocí al instante su voz decidida, segura. El Z-0, para quien no esté familia-

rizado con el argot policial, es el inspector a cargo de los vehículos uniformados de atención al ciudadano en la localidad de Málaga (y en muchas otras ciudades, de hecho).

—Hola Rubén. Cuéntame, ¿qué necesitas?

—Solo quería informarte de que estamos en el Hospital Materno Infantil acompañando a una víctima de violación. La mujer requirió el auxilio de dos compañeros de Policía Local, que también se encuentran aquí. El forense está en camino para practicar la exploración.

Cuando escucho la palabra «violación», aún después de varios años en esto, no puedo evitar que se me erice todo el vello del cuerpo.

—Ok. Ahora mismo te mando un par de policías. Si llegara el forense, que no lo creo, lo entretienes hasta que estén allí los míos por favor. No habléis con ella más allá de lo necesario y siempre la misma persona. Que esté tranquila, en la medida de nuestras posibilidades —hice un esfuerzo intencionado para depositar más énfasis en esta última frase. Inmediatamente, sin darle tiempo para la réplica, pregunté—. ¿Quién es la víctima?

—Se trata de una mujer rumana de 40 años. Refiere que un varón, de edad similar y tatuajes en la zona de los brazos y la espalda, contrató un servicio sexual con ella hace un par de horas. En un momento determinado el individuo le propuso prácticas no habituales y la situación se tornó violenta. Verás, la víctima ejerce la prostitución en la vía pública.

—Ajá. ¿Cuándo ocurrió el delito? ¿Hay lugar de los hechos?

—Ha ocurrido hace escasamente una hora. Ella misma ha requerido a los compañeros de Policía Local, que se encontraban patrullando por la zona de la gasolinera Repsol del Polígono del Guadalhorce. No sabe precisar dónde la violaron.

—No os preocupéis. Tampoco la atosiguéis con preguntas, que descansa. Recuerda también que no puede lavarse, ni ir al baño antes de la exploración. Has hecho bien en llamarme, muchas gracias —concluí.

—Otra cosa: la víctima ha aportado la placa de matrícula del vehículo que supuestamente conducía el agresor. El coche está a nombre de un señor con domicilio en la zona de Marbella. La edad no se corresponde con la descripción que nos facilita. Según la base de datos, el propietario del vehículo tiene 57 años a día de hoy.

—Genial. La numeración es un dato revelador. ¡Qué observadora! Gracias por todo, Rubén. Una última petición: díles a los compañeros de la Local que les espero en el grupo para comparecer, son los primeros intervinientes —no pude esconder la euforia que sentía, se trataba de una información magnífica para la investigación.

—A ti, Álvaro. Así lo haremos. Todo controlado a la espera de que lleguen los tuyos —apostilló en tono calmado. Lo próximo que mi sistema auditivo registró fue el pitido que marca el fin de la comunicación.

Al levantar la vista de mi mesa me percaté de que Pedro y José me observaban con atención desde la puerta. «¿Cuánto rato llevarán ahí?», pensé. Posiblemente llegaron justo cuando descolgué el teléfono.

Ambos tenían los ojos clavados en mí, a la espera de instrucciones.

—No se os escapa una, chavales. Bien, como seguramente hayáis podido alcanzar a oír, tenemos una posible víctima de violación en el Materno. Preparad lo necesario y poneos en camino. Rubén, el Z-0, os informará de todo a vuestra llegada —les indiqué.

Por su parte no recibí respuesta verbal alguna: un gesto vale más que mil palabras. Asintieron y en escasos minutos ya salían en dirección al garaje de Comisaría.

2

Los especialistas en investigación de delitos sexuales, cuando tenemos noticia de un nuevo caso, solemos experimentar sentimientos encontrados: por un lado, nos mostramos preocupados por el estado de la víctima. Como decía antes sigo sin poder evitar que me dé un vuelco el estómago cuando oigo la palabra «violación». Sinceramente no creo que esto vaya a cambiar con el tiempo. Por otro lado, en contraste con lo anterior y casi de forma paralela, se nos activa el «chip» investigador. Y es que debo confesaros que la investigación de esta tipología delictiva es apasionante. El crimen, ya de por sí, atrae el interés de las personas. Automáticamente nos asaltan multitud de interrogantes, incluso a aquellos que no se dedican a esto: «¿Quién es el autor?, ¿por qué lo hizo?, ¿cómo llevó a cabo la conducta?, ¿de qué manera se puede identificar al individuo?». Son solo algunas de las preguntas que nos vienen a la cabeza. Queremos saber; ansiamos dar una explicación a esa maldad desplegada; deseamos conocer al autor y sus motivaciones. Esta necesidad de respuestas es la base de la naturaleza

humana: sentimos la imperiosa necesidad de encontrar una justificación para cada suceso con que nos topamos. La incertidumbre es algo que no nos podemos permitir.

Comentaba que, aunque cueste creerlo, la averiguación de conductas de tipo sexual es especialmente atractiva. No es para menos: a la gravedad del hecho en sí se une que, en un cierto porcentaje de los casos —no mayoritario, todo sea dicho—, el autor es un completo desconocido. La víctima no había tenido ningún contacto previo con él, ni un simple acercamiento en las horas previas al incidente, como podría ser el caso en el contexto de un ataque íntimo que tiene lugar durante una noche de ocio. Esto supone un despliegue importante de medios y, sobre todo, de imaginación. Para ser un investigador eficaz hay que tener una buena dosis de esto último. En ocasiones el detalle esclarecedor está donde menos te lo esperas.

Como otras muchas veces, me había quedado solo en el despacho. En la Policía esta situación es definida con una frase hecha, con la que no podría estar más de acuerdo: «La soledad del mando». Me bastaron unos míseros quince minutos para empezar a inquietarme: «Ya deben de haber llegado al Hospital. ¿Por qué no me llaman?»; barruntaba, entre dientes, deambulando de un lado para otro en el confinado espacio transitable del que consta mi oficina. «Seguramente se estén entrevistando con la víctima y la ginecóloga. A ellos les gusta hacer un buen acopio inicial de información»; me repetía, en un intento frustrado de autoconvencerme.

Era mi forma particular de consolarme y, así, mantenerme sereno.

Decidí ocuparme en otra cosa para que el paso de los minutos no siguiera siendo una tortura. «Voy a revisar los cuadrantes de la semana que viene, a ver si están los servicios completos»; pensé. Honestamente, necesitaba mantener la mente ocupada, pero con algo que no supusiera un gran esfuerzo. Lo que teníamos entre manos iba a requerir toda mi energía y lo que menos necesitaba en aquel momento era sumar un desgaste extra a la inquietud que me consumía. Abrí el documento Excel en el que preparo los turnos, busqué el mes en curso y me puse manos a la obra. «Seguro que no me dan tiempo ni a terminar la tarea»; me dije, en la creencia sincera de que así sería.

Acerté de pleno: no debieron transcurrir ni diez minutos cuando el sonido de mi teléfono me dio un susto de muerte. Estaba a punto de terminar de revisar el dichoso cuadrante. Os confieso que el trabajo burocrático me trae de cabeza, la verdad sea dicha. Yo soy más de acción. «Pedro Subis» apareció en la pantalla de mi Iphone, que vibraba en el escritorio de madera. Arrastré con decisión el icono de respuesta y me llevé el móvil a la oreja.

—Contadme —sobraba la cortesía...

—El caso es peliagudo, Álvaro. La mujer es de nacionalidad rumana y lleva varios años ejerciendo la prostitución en la calle. En la mañana de hoy (dice que sobre las diez y media, aunque no está muy segura) se le aproximó un varón, a bordo de un vehículo, con intención de

demandar sus servicios. Pactaron sexo vaginal completo por 30 euros y ella se subió al coche para buscar, juntos, un sitio más apartado. Tendremos que hacer una reconstrucción para ubicarlo porque no recuerda bien los detalles. Habla de que tomaron caminos sin asfaltar, de una especie de silo en el lateral que destacaba en un entorno solitario. También refiere que condujeron por debajo de la circunvalación. Una vez en el sitio elegido, en el asiento de atrás del vehículo, dice que el cliente, en varias ocasiones, le pidió mantener relaciones sin preservativo, a lo que ella se negó con contundencia. Él se bajó del coche, lo rodeó por la parte trasera y desde el exterior, abrió la puerta más cercana a ella. Agarrándola por el cuello la arrastró al exterior. Cuenta que ahí se inició un forcejeo que acabó con el agresor introduciéndole el puño en sus genitales y cayendo juntos al suelo. No hemos querido entrar en mayor detalle; está bastante afectada.

Me quedé mudo. En mi corta carrera policial —aún más breve al frente de la Unidad de Familia, por aquel entonces—, a pesar de que había trabajado unos cuantos casos de esta temática en mi etapa previa, jamás había tenido uno similar. Ni tan siquiera algo que se pareciera lo más mínimo. Este superaba todo lo vivido de lejos: tan violento, casi rozando la barbarie. La maldad humana nunca dejará de sorprenderme.

Pasados unos segundos, que a mí me parecieron eternos, conseguí recuperar la compostura. El silencio en el aparato comenzaba a tornarse incómodo. Al fin encontré las palabras, que abandonaron mi boca en forma de susurro.

—Perdonad. Me he quedado en blanco, joder...

—Imagínate cómo estamos nosotros, amigo. Un relato desgarrador —respondió Pedro, en cuyo torrente de voz se empezaba a atisbar algo parecido a la ira.

—¡Maldito sinvergüenza! ¿Cómo se explica tal brutalidad? No te quepa duda de que lo vamos a trincar, Pedro. Por cierto, acordaos de intervenir la ropa, sobre todo nos interesan las *braguitas*, que están en contacto directo con la zona genital.

—Pues espera a oírlo de su boca, jefe. Nosotros estamos en *shock*. Aguarda, parece que el forense ya está aquí. Cuando termine la exploración te avisamos y salimos para Comisaría. Está decidida a denunciar los hechos. Casi lo olvido, los dos agentes de Policía Local ya van de camino, por si quieres ir preparando el acta —concluyó el subinspector, sin dejarme tiempo para la réplica.

